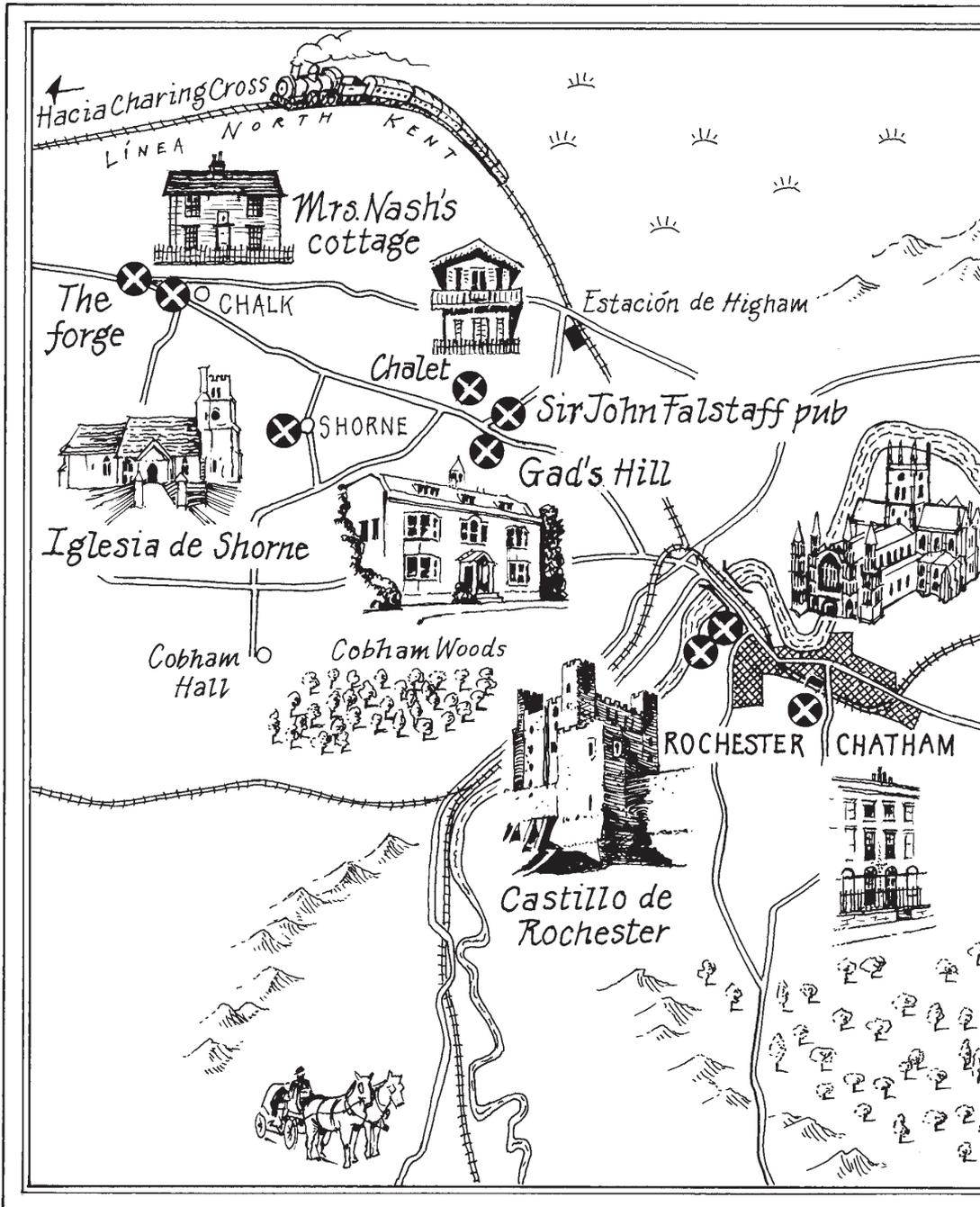
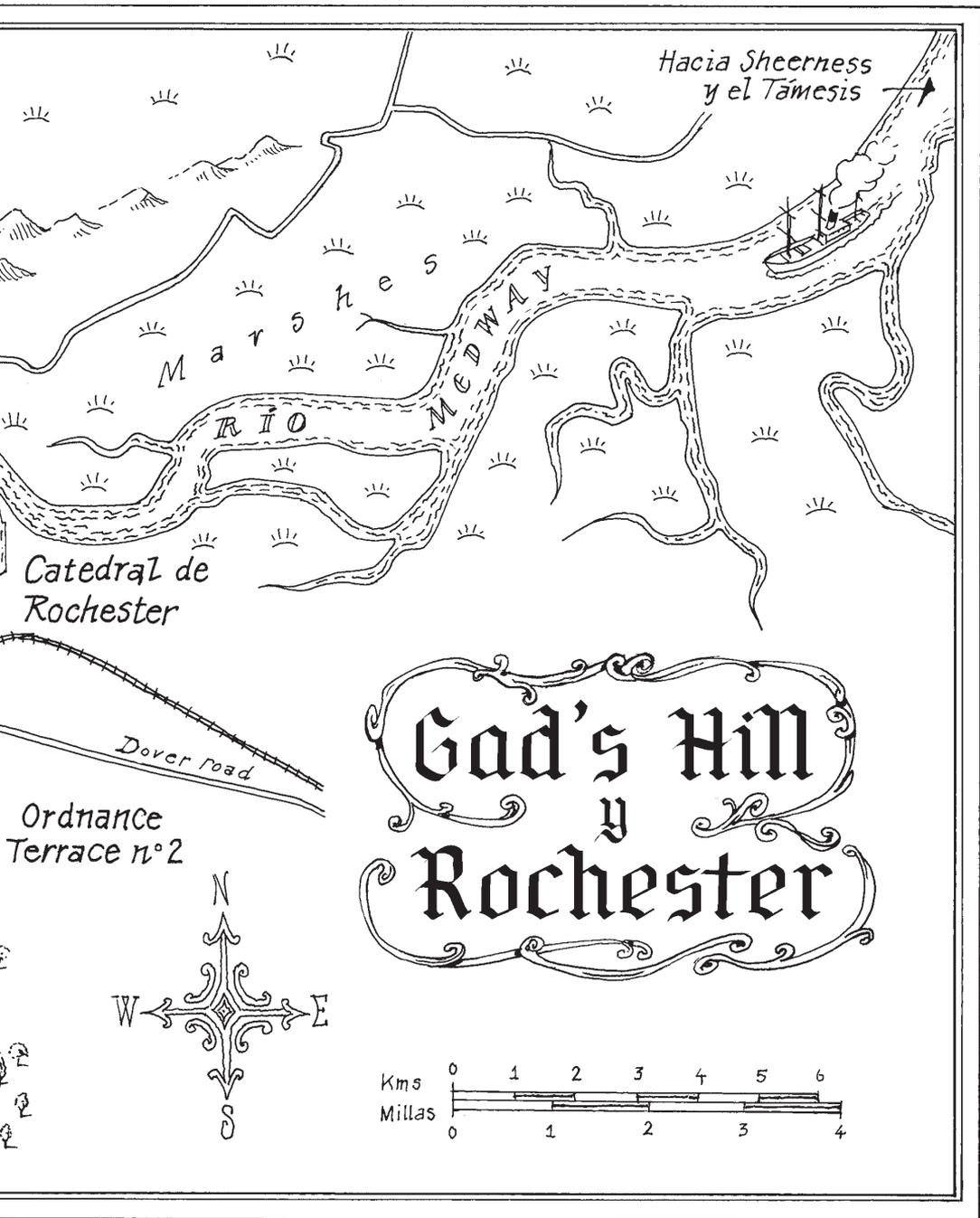
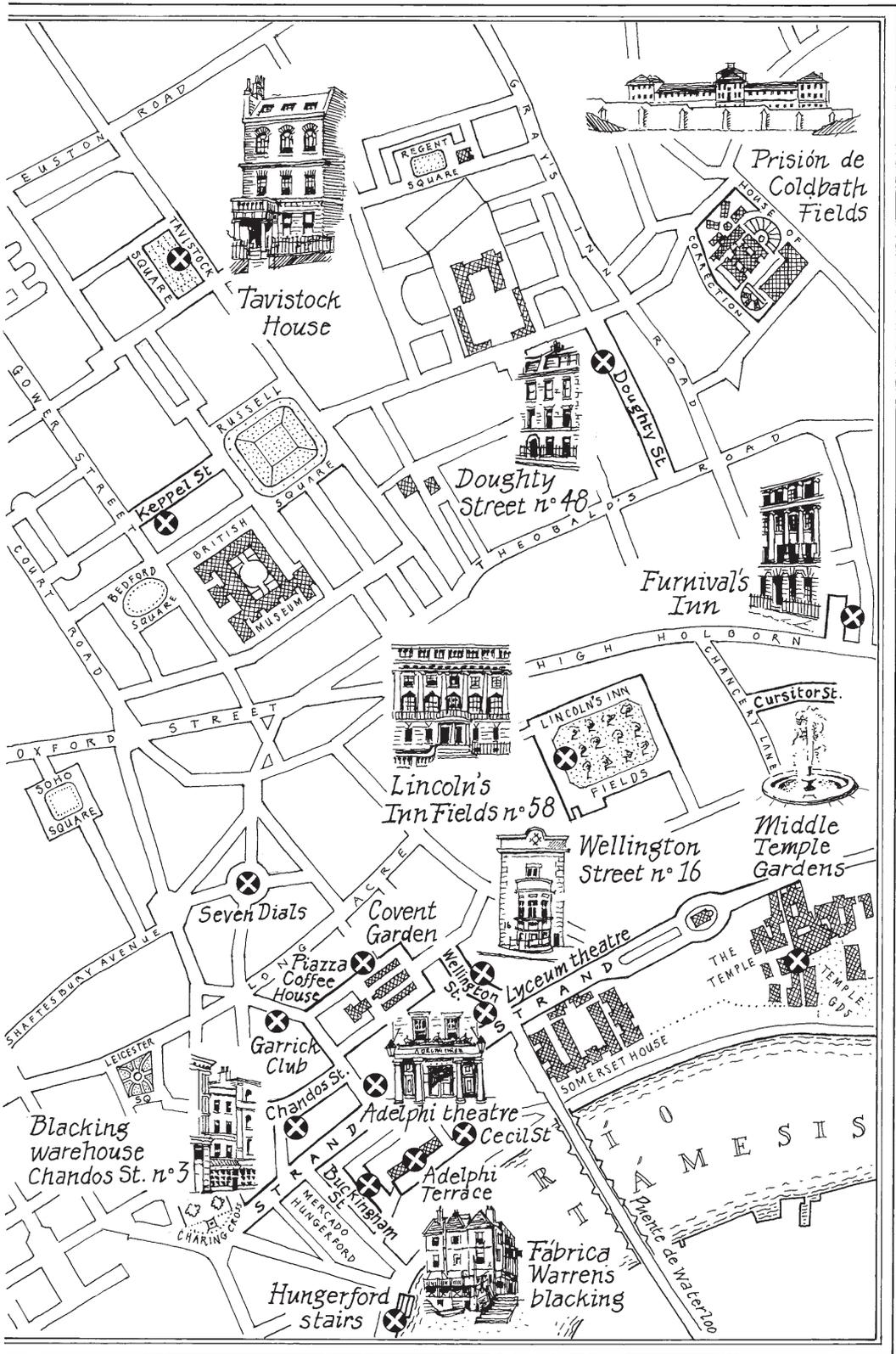


Mapas



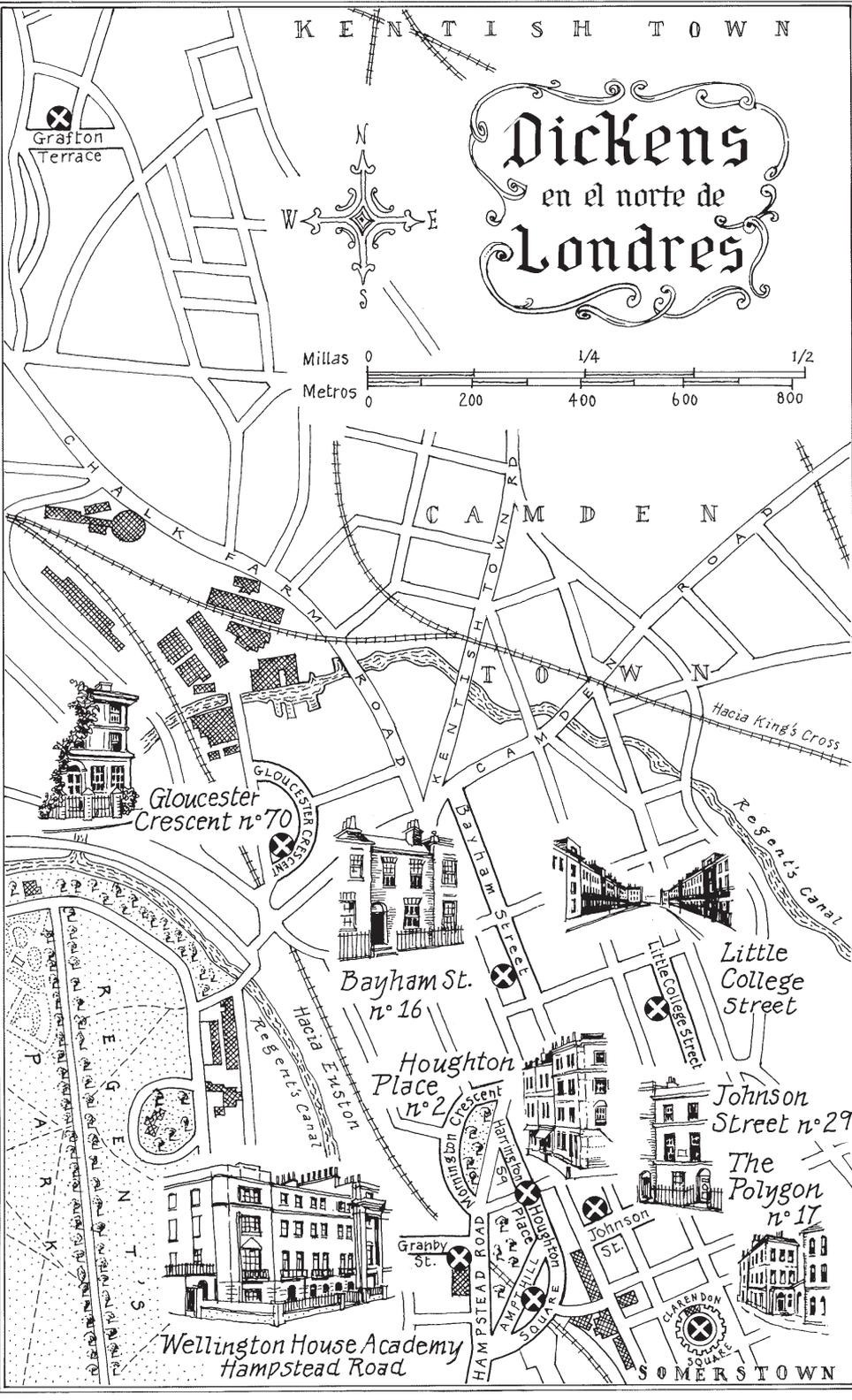
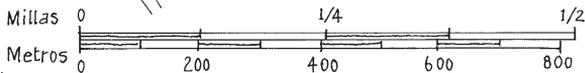
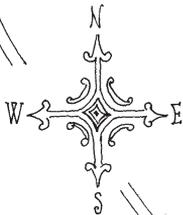




KENTISH TOWN

Dickens

en el norte de
Londres



Grafton Terrace

Gloucester Crescent n° 70

Bayham St. n° 16

Houghton Place n° 2

Little College Street

Johnson Street n° 29

The Polygon n° 17

Wellington House Academy
Hampstead Road

Granby St.

Johnson St.

SOMERSTOWN

Explicación de los mapas

GAD'S HILL Y ROCHESTER

John Dickens y su joven familia vivieron en Rochester y Chatham de 1817 a 1822, primero en Ordnance Terrace n° 2 en la parte alta de Rochester, y a partir de 1821 en St. Mary's Place n° 18, cerca de los astilleros. A veces Dickens navegaba con su padre por el río Medway en un yate de la marina. Aquí fue al colegio a partir de los 9 años.

Chalk, pueblo. Dickens pasó la luna de miel en este pueblo, en 1836, alojado en Mrs. Nash's Cottage, mientras trabajaba en *Los papeles póstumos del Club Pickwick*.

Gad's Hill. Dickens se fijó en la casa de pequeño, la compró en 1856, la convirtió en su casa de la campiña y en ella murió. Le gustaba mucho pasear por los bosques de Cobham Woods, enseñar a sus amigos la belleza de la campiña de Kent y de Rochester y salir a navegar por el Medway. Deseaba que lo enterraran en la campiña, y la familia decidió primero enterrarlo en el cementerio de Shorne y luego en la catedral de Rochester, pero la convencieron de que el lugar más adecuado era la abadía de Westminster. Un servicio especial de tren partió de la estación de Higham con destino a Charing Cross en las primeras horas de la mañana del 14 de junio, en él iba el cuerpo sin vida de Dickens acompañado por su familia.

DICKENS EN EL CENTRO DE LONDRES

Adelphi Theatre, Strand. El carismático actor Charles Mathews fue de gran inspiración para Dickens. Mathews era la estrella del Adelphi en las décadas de 1820 y 1830. Muchas de las adaptaciones teatrales de los primeros libros y relatos navideños de Dickens se representaron en este teatro a partir de 1834.

Buckingham Street. Dickens se alojó aquí en 1834, y en esta misma calle se alojó también David Copperfield.

Bentinck Street nº 18. Aquí se alojó Dickens en 1833.

Berners Street nº 31. Maria y Nelly Ternan vivieron en esta casa desde el otoño de 1858 hasta la primavera de 1859, después se mudaron a Houghton Place (ver mapa del norte de Londres).

Cecil Street. Dickens se alojó aquí por un breve periodo en 1832. La calle ha desaparecido bajo el edificio de la Shell.

Chandos Street nº 3. A Dickens lo pusieron a trabajar junto a la ventana de la fábrica de betún emplazada en este lugar, allí lo vio Charles Dilke y le dio media corona.

Coldbath Fields, cárcel. Dickens tenía la obsesión de visitar cárceles y ésta era una de sus preferidas. El director, Augustus Tracey, era amigo suyo. Se construyó en Mount Pleasant, donde ahora hay una oficina de clasificación del servicio de correos.

Devonshire Terrace nº 1. Hogar de Dickens desde diciembre de 1839 hasta diciembre de 1851. Cuando pasaba temporadas en el extranjero alquilaba la casa.

Doughty Street nº 48. Dickens arrendó esta casa en 1837 y vivió en ella hasta diciembre de 1839. Ahora es el Museo Charles Dickens.

Fitzroy Street nº 13. Dickens se alojaba con sus padres de vez en cuando en 1832.

Furnival's Inn. Aquí alquiló Dickens unas habitaciones en 1834, después se mudó a otras mejores en 1836, cuando se casó. En ellas nació su primer hijo, Charley, en enero de 1837. En marzo de 1837 se mudaron a otra dirección.

Garrick Club. Dickens fue socio desde 1837, renunció y regresó muchas veces.

Gower Street North nº 4. Aquí vivió Dickens con sus padres en 1823, la idea de la madre era establecer una escuela en la casa.

Hungerford Stairs, fábrica de betún de Warren. Para llegar a la fábrica, situada junto a las escaleras que bajaban al río, antes de

- la construcción del Embankment, o muro de contención, había que atravesar el viejo mercado de Hungerford, sobre el cual se construyó la estación de Charing Cross en 1864.
- Keppel Street nº 34. Dickens instaló a John Dickens en esta casa, que era la residencia de un médico, y estuvo presente en la muerte de su padre, en 1851.
- Lincoln's Inn Fields nº 58. Aquí se alojó John Forster en 1834 y poco a poco fue alquilando más habitaciones para albergar su voluminosa biblioteca. Dejó el alquiler cuando se casó, en 1856.
- Lyceum Theatre, Strand. Teatro que Dickens conocía bien. En 1860 se representó *Historia de dos ciudades*. Su amigo Fechter lo arrendó en 1864; aquí fue donde la señora Ternan se despidió del escenario para siempre en 1866.
- Margaret Street nº 70. Aquí se alojó Dickens con sus padres a principios de 1831.
- Marylebone, asilo de pobres: un enorme complejo de edificios al que acudió Dickens para formar parte de un jurado en 1840.
- Montagu Square, nº 46. Aquí se mudó John Forster cuando se casó en 1856.
- Norfolk Street nº 10 (ahora Cleveland Street). Dickens vivió aquí con sus padres en 1815-1816 y de nuevo en 1829.
- Osnaburgh Terrace nº 9. Aquí alquiló Dickens una casa por poco tiempo en 1844, cuando decidió alquilar Devonshire Terrace a un inquilino. Sus hijos se mudaron a Osnaburgh Street nº 25 cuando estuvo de viaje por América en 1842.
- Piazza Coffee House, en Covent Garden. Lugar de encuentro para Dickens, Forster y demás amigos. Dickens también se hospedaba aquí de vez en cuando, por ejemplo en diciembre de 1844.
- St. James's Hall. Aquí ofreció Dickens la mayor parte de sus lecturas londinenses. Empezó a hacerlo en St. Martin's Hall, en Longacre, que se incendió en 1860, y también en Hanover Square.
- Somerset House. Aquí trabajó John Dickens de 1805 a 1809 y entre 1822 y 1825, en la oficina de pagos de la marina.
- Strand. El *Morning Chronicle*, periódico para el que trabajaba Dickens, se encontraba en el número 332; la editorial Chapman y Hall, en el número 186.
- Tavistock House. Dickens compró esta casa en 1851 con la idea de que iba a ser para toda la vida, pero la vendió en 1860.
- Verrey's, restaurante. El restaurante preferido de Dickens a partir de la década de 1850.

Wellington Street nº 16. Oficina alquilada por Dickens en 1850 para la revista *Household Words*, con habitaciones privadas para él en el piso de arriba. Era un lugar conveniente para ir a los teatros, además recibía a sus amistades con frecuencia. En 1858, cuando comenzó *All the Year Round*, se mudó a otras oficinas más grandes de la misma calle, en el número 26, amuebló las habitaciones privadas con toda clase de comodidades y empleó a un ama de llaves.

DICKENS EN EL NORTE DE LONDRES

Amphill Square. Aquí alquiló Dickens una casa para su madre cuando ésta enviudó en 1851.

Bayham Street nº 16. Aquí se mudaron John y Elizabeth Dickens con su familia cuando dejaron Rochester en 1822.

Euston Station se contruyó en 1837; King's Cross, en 1852; St. Pancras, en 1868.

Gloucester Crescent nº 70. Aquí vivió Catherine Dickens tras la separación y hasta el fin de sus días.

Grafton Terrace nº 4. Aquí instaló Dickens a su cuñada viuda, Helen, y sus hijos en 1860; después se sumó la madre de D y ahí vivió hasta que falleció.

Houghton Place nº 2 (Amphill Square). La casa adquirida por Fanny y Maria Ternan en 1859 y luego transferida a Ellen (Nelly) Ternan cuando cumplió la mayoría de edad en 1860. No hay duda de que la pagó Dickens.

Johnson Street nº 29. Aquí vivieron John y Elizabeth Dickens con su familia desde diciembre de 1824 hasta marzo 1827.

Little College Street nº 27. Aquí vivieron John y Elizabeth Dickens con su familia en 1824.

Polígono nº 17. Aquí vivieron John y Elizabeth Dickens desde marzo de 1827 hasta 1829.

Wellington House Academy. Colegio de Charles Dickens entre 1825 y 1827.

Dickens salía con mucha frecuencia a montar a caballo y a caminar por los campos del norte de Londres y en 1837 se alojó en Collins's Farm (hoy Wylds) en Hampstead Heath. En 1843 alquiló tres meses una «granja aislada y solitaria», Cobley's Farm, en el entorno rural de Finchley: ahora está todo construido. También

EXPLICACIÓN DE LOS MAPAS

pensó en comprarse una casa en Highgate; y en el cementerio de Highgate enterró a su hermana Fanny y al hijo de 8 años de ésta, Harry; también a su padre, a su pequeña Dora y a su madre.

Justo al norte de este mapa se encuentran Highgate y Hampstead, donde John Dickens a veces iba a vivir para huir de sus acreedores o llevaba a su familia en verano, como hizo en mayo de 1832, cuando se instalaron en el número 32 de North End.

El Inimitable

1840

14 de enero de 1840, Londres. En el asilo de pobres de Marylebone se va a iniciar una pesquisa judicial. El asilo es una maraña de edificios que se extiende por buena parte de la zona que queda entre Marylebone Road y Paddington Street. El alguacil, un funcionario del distrito que tiene la misión de persuadir a los residentes a que cumplan con el deber de formar parte del jurado en tales pesquisas, ha reunido ya a doce hombres. Son en su mayoría comerciantes de la zona, hombres de mediana edad, excepto uno que se diferencia del resto. Se trata de un joven más bien menudo, vestido con elegancia y de buen parecer, que no resulta ni alto ni bajo con su metro setenta y cinco de estatura y unos rizos oscuros que le caen por la frente y el cuello. Es un nuevo vecino que acaba de mudarse a una casa espaciosa con un jardín amplio, cercana a Regent's Park, en York Gate: el número 1 de Devonshire Terrace, adonde ha acudido el alguacil con paso apresurado para convocarlo en cumplimiento del deber.

El joven recorre a pie la corta distancia que separa Devonshire Terrace del asilo de pobres, pero en cuanto franquea la verja de entrada advierte que ha entrado en otro mundo. Lo conducen a una habitación en la que los demás miembros del jurado charlan a la espera de que comience la pesquisa. Deben pronunciarse sobre un caso de presunto infanticidio, una criada acusada de matar a su hijo recién nacido en la cocina de la casa de sus patrones. Uno de los

miembros del jurado no tarda en declararse a favor de que se le aplique todo el rigor de la ley. El joven recién llegado reconoce al hombre, es un comerciante de muebles que no le inspira confianza porque sospecha que lo ha engañado en la compra reciente de un par de mesas de naipes. Otro robusto parroquiano le pone su tarjeta de presentación en la mano murmurando que espera poder prestarle servicio en el futuro: es dueño de una funeraria.

Antes de iniciar la pesquisa judicial, los miembros del jurado han de bajar a la cámara mortuoria del sótano para ver el cadáver del bebé, que se encuentra en una caja sobre un mantel blanco y limpio, junto a un instrumento quirúrgico utilizado para abrir e inspeccionar el cadáver. El bebé está cosido. Al nuevo miembro del jurado, que tiene una hija de dos meses en casa —Katey— le parece que es como si hubieran preparado la mesa para que se siente a comer el gigante de algún cuento, pero no lo comenta con sus compañeros. Todos coinciden en que la cámara mortuoria está limpia, con paredes bien encaladas. El presidente del jurado señala: «¿Todo en orden, caballeros? Ya podemos volver, señor alguacil», y a continuación regresan a la planta de arriba. El juez de instrucción es Thomas Wakley, cirujano y hasta hace poco diputado del parlamento. El nuevo miembro del jurado es Charles Dickens.

Es entonces cuando una de las enfermeras del asilo entra en la sala con la joven acusada de asesinato. La joven tiene un aspecto débil y enfermizo, y está muy asustada. Le permiten sentarse en una de las sillas de tela de crin y cuando lo hace intenta ocultar el rostro tras el hombro de la insensible enfermera. Eliza Burgess tiene 24 o 25 años, trabaja de criada para todo y es huérfana, lo que quizá explique su edad incierta. Es probable que haya crecido en un asilo de pobres, posiblemente en este mismo. Según su relato, el domingo 5 de enero se puso de parto en la cocina de la casa de sus patronos, en el número 65 de Edgware Road, donde ella era la única sirvienta. Cuando llamaron a la puerta principal de la casa se apresuró a subir para recibir a las dos damas que habían llegado de visita y cuando volvió a la cocina nació el bebé —un niño— bajo sus faldones. Le pareció que el niño estaba muerto. No está claro si nació en las escaleras, pero lo tuvo sola y después cortó ella misma el cordón umbilical y limpió todo lo mejor posible. Buscó una caja, o una olla, y en ella depositó al niño sin vida y lo escondió debajo del aparador. La señora de la casa, Mary Symmons, le ordenó que fregara las escaleras de entrada, al frío de la intemperie. Fue

entonces cuando, al verla tan demacrada y más delgada, la acusó de haber dado a luz. La joven lo negó en un primer momento, pero ante la amenaza de una inspección médica, confesó y le enseñó a la señora Symmons dónde había puesto al niño. La mujer llamó a un coche de alquiler para que se llevara a Eliza y al bebé muerto a la enfermería del asilo de pobres de Marylebone.

La señora Symmons está en calidad de testigo y se resiste con antipatía a las preguntas de Dickens, que sólo espera provocar un cambio favorable en la causa. El juez de instrucción le dirige una mirada alentadora y la joven acusada se deshace en sollozos. El siguiente testigo es el cirujano de la casa, el señor Boyd, que afirma que la acusada le dijo que se puso de parto en la cocina cuando dos damas llamaron a la puerta. Se apresuró a subir para abrirles la puerta y «en ese momento nació el niño, cuando regresó estaba muerto». No puede decir con seguridad si el niño nació vivo o muerto. Más adelante, en una conversación privada, el señor Wakley le dice a Dickens que lo más probable es que el niño no pudiera respirar más de unos segundos, si es que llegó a hacerlo, puesto que hallaron sustancias extrañas en la tráquea.

Retiran a la señorita Burgess de la habitación para que el jurado proceda a deliberar sobre la causa. Dickens decide enfrentarse a los que están dispuestos a declararla culpable de matar a su hijo y, con apoyo del señor Wakley, discute con ellos con tal firmeza que gana el debate. Cuando vuelven a traer a la señorita Burgess le dan el veredicto: «hallado muerto». Ella se arrodilla ante el jurado para agradecersele «con afirmaciones de que estábamos en lo cierto, las afirmaciones más conmovedoras que he oído en toda mi vida»¹. Después se desmaya y se la tienen que llevar. El veredicto no impide que la dejen de momento en la cárcel hasta comparecer en el Old Bailey* a su debido tiempo, pero ya sin la amenaza de la pena de muerte. Dickens, que es sin duda el hombre más atareado de los doce, se va a casa y a continuación se encarga de que le envíen comida y otras comodidades a la cárcel. También busca a un excelente abogado —Richard Doane, del Inner Temple**, amigo y amanuense del difunto Jeremy Bentham— para que la defienda en el juicio del Old Bailey.

*[N. de la T.]: Tribunal Penal Central de Londres.

** [N. de la T.]: Uno de los colegios de abogados de Londres.

Esa noche no puede dormir. La comida se le indigesta y le produce vómitos, no quiere estar solo y le pide a su mujer, Catherine, que le haga compañía en su desvelo. El bebé muerto del asilo de pobres, la idea de la cárcel y de la joven acusada, aterrorizada, ignorante e infeliz lo han alterado. Por la mañana escribe a su mejor amigo, John Forster: «No sé si fue el pobre bebé, o la pobre madre, o el ataúd, o mis colegas del jurado o alguna otra cosa...»². De cárceles sabe lo suyo porque ha visto a su padre en una de ellas por acumulación de deudas. También sabe de muertes de bebés puesto que dos de sus hermanos menores murieron a esa edad, por suerte sus tres pequeños son fuertes y sanos. Y sabe de criadas para todo, o «fregonas», porque recuerda bien la que trabajaba en su casa cuando él era pequeño, recién salida del asilo de pobres en el que se había criado. Pero logra sobreponerse y por la noche él y Forster acuden al teatro Adelphi para ver *Jack Sheppard* —el bandolero— protagonizada *en travesti* por Mary Anne Keeley, una actriz que Dickens conocía bien porque ocho años antes él había tomado clases de actuación con su marido.

Charles Dickens observaba el mundo que lo rodeaba desde que era niño y ahora llevaba seis años dando parte de lo que veía en calidad de periodista y después como novelista. Aunque mucho de lo que presenciaba le divertía, era más lo que le disgustaba: la pobreza, el hambre, la ignorancia y la miseria de Londres, y la indiferencia de los ricos y poderosos hacia las condiciones de vida de los pobres e ignorantes. Gracias a su energía y su talento excepcional había logrado salir de la pobreza. Pero nunca se olvidó de ella ni se desentendió de la miseria que veía a su alrededor. La abordó en sus libros y a nivel personal fue más que generoso con su tiempo y su dinero, no sólo en la causa de Eliza Burgess.

El 9 de marzo se celebró el juicio en el Old Bailey y al día siguiente salió la crónica en *The Times*. La acusaban de ocultar ilícitamente el nacimiento de un hijo varón el día 5 de enero. El abogado, el señor Doane, alegó que su capacidad intelectual era muy limitada. Además logró que compareciera un testigo fundamental para el caso, el señor Clarkson, un comerciante de Great Russell Street; la joven había trabajado para esta familia con anterioridad y estaban dispuestos a ayudarla en lo que pudieran. El señor Clarkson declaró que su esposa se había interesado mucho por

Eliza y había conseguido una plaza para ella en el asilo de las Magdalenas, una institución que albergaba jóvenes descarriadas con el objetivo de que volvieran al camino de la virtud. Los Clarkson la aceptarían con gusto en su casa como servicio doméstico hasta que la admitieran en el asilo. La voluntad de ayudar a Eliza por parte de aquellas personas respetables jugó a su favor. El jurado la declaró culpable de ocultamiento pero recomendó encarecidamente clemencia. El juez, el señor Serjeant Arabin, dijo que dadas las circunstancias aplazaría la sentencia hasta la próxima sesión y que mientras tanto la joven quedaba en libertad. De ella no se supo nada más, salvo por un breve comentario de Dickens del que se desprende que el juez fue indulgente con ella y que «su historia y su conducta le dieron la razón». Esto lo escribió veintitrés años después, en 1863: Dickens aún conservaba vivo el recuerdo de la triste joven³.

No es más que un breve episodio de la vida de Dickens, pero nos permite verlo en acción, salir de su casa para dirigirse al asilo de pobres que había más adelante, calle arriba, y tomar la decisión de ayudar a una joven cuyas historia y personalidad carecen de interés o de color, que surge del estrato más bajo de la sociedad, una joven criada en el asilo de pobres, sirvienta y víctima; víctima de la ignorancia, de la ingenuidad, de un seductor desconocido y de una patrona severa, y de las suposiciones de un jurado respetable. Es ahí donde saca lo mejor de sí mismo como hombre, enérgico en sus argumentos, generoso a la hora de ofrecer ayuda, interesado en el caso hasta el final, motivado únicamente por su profundo convencimiento de que habría sido un error seguir victimizando a la joven.

Lo que aún ennoblece más su conducta es que por aquel entonces, año 1840, vivía sometido a una intensa presión. Ya gozaba del éxito, pero estaba agotado. Llevaba tres años consagrado a la ardua tarea de escribir tres novelas largas por entregas mensuales, un gran esfuerzo de imaginación y dedicación al arte de escribir que lo había sacado de la oscuridad y llevado a la fama y al bienestar. La publicación de su obra por entregas marcó un nuevo estilo en el mundo editorial del momento y llegó a un público nuevo porque los números eran baratos y podían circular de mano en mano, coleccionarse y conservarse; eran lectores que compraban por primera vez textos de ficción para guardar en los estantes de su casa. Los nombres de sus personajes pasaron a formar parte de la lengua cotidiana: Pickwick, Sam Weller, Fagin, Oliver, Squeers,

Smike. La voz de Dickens, que ofrecía diversión y bromas antes de pasar al patetismo, sazonado todo ello con indignación, parecía la voz de un amigo. Sus relatos se teatralizaron y se representaron en los escenarios de todo el país, Mary Anne Keeley encarnó el personaje de Smike en el Adelphi. El éxito inaudito que había alcanzado lo conmovía, pero también acusaba la presión de verse obligado a mantener ese ritmo si quería conservar sus ingresos y su nivel de vida. No tenía ahorros, vivía mes a mes y el dinero era tema de preocupación; a pesar de lo cual había jurado no comprometerse a escribir otra novela por entregas porque se había convencido de que podía ganar el mismo dinero trabajando menos horas como director de una nueva revista semanal. En enero de 1840, el mes de la pesquisa judicial en el asilo de pobres, empezaba a trabajar en los primeros números de la revista.

Tuvo numerosos sirvientes, su propio caballo y un carruaje con un muchacho de 14 años que lo conducía, John Thompson, que después estuvo veintiséis años a su servicio desempeñando diversas funciones. Salía de Londres con su familia durante un mes en junio y de nuevo en septiembre, y hacía pequeños viajes de placer con su mujer, «mi señora» o «mi mejor mitad». Al mismo tiempo su compañía era de lo más solicitada dada su celebridad, lo invitaba la muy respetable y acaudalada miss Coutts (con traje de gala si la realeza estaba presente), la menos respetable pero muy inteligente lady Holland, y la nada respetable, pero magnífica y encantadora lady Blessington y su compañero el conde D'Orsay. Su señora no lo acompañaba a la casa de estas damas, ni tampoco al desayuno ofrecido por Richard Monckton Milnes, hombre de letras y diputado conservador. Lord Northampton, presidente de la Royal Society, lo invitó a una recepción en su casa de Piccadilly. Thomas Carlyle lo llamó para que asistiera a una reunión preliminar para tratar la fundación de la Biblioteca de Londres, de la que Dickens siempre fue miembro y suscriptor. Había mucha demanda de grabados de su retrato y un escultor que lo admiraba le estaba haciendo un busto.

Así era Dickens casi a mitad de su vida: había cumplido 28 años en febrero de 1840 y aún tenía treinta años más por delante. Había un país que vivía en paz desde hacía un cuarto de siglo. No había guerras extranjeras, ni revolución nacional, gracias en parte a la Ley de Reforma de 1832, aprobada bajo el mandato del rey anterior, Guillermo IV, que obligó a redefinir las circunscripciones

electorales parlamentarias y ampliar así el electorado, con cautela. Pero los callejones y patios de Londres seguían mugrientos, superpoblados y arrasados por la miseria y la enfermedad, ante la indiferencia de los ricos en sus mansiones. El ferrocarril, más que los votos, estaba cambiando las costumbres de la nación y las estaciones ferroviarias de Euston y Paddington ya conectaban Londres con el norte y con la región sudoeste del país. Se acababa de trazar Oxford Street y Finchley Road, lo mismo que Caledonian y Camden Road, y Charles Barry diseñaba por entonces Trafalgar Square. En enero se instauró el sistema de correo por un penique, un servicio que cubría todo el país: en su primer año de vigencia se duplicó el volumen de cartas escritas. Londres se preparaba para la boda real que iba a celebrarse el 10 de febrero entre la reina Victoria y un príncipe alemán, Alberto de Saxe-Coburg-Gotha. En el parlamento hubo un debate para discutir la asignación que se le iba a pagar al príncipe extranjero. Se acordó una asignación de 30.000 libras y en las calles la gente cantaba: «Prince Hallbert he vill always be/ My own dear Fancy Man»*, al menos eso decía Dickens⁴. El novelista fingió haberse enamorado de la reina, se fue a Windsor y se tiró al suelo junto al castillo con el fin de demostrar su pasión, para asombro de los viandantes.

Dickens todavía era joven. A veces le flaqueaba la gramática, vestía ropa demasiado llamativa —«geranios y tirabuzones», se burlaba Thackeray—, era demasiado espléndido en su hospitalidad, podía tener mal genio, pero sus amigos, por lo general artistas, escritores y actores, lo querían mucho y ese amor era correspondido. Cuando salía de Londres para escribir en paz, no tardaba en llamarlos para que lo visitaran. Era un gran anfitrión de fiestas animadas, jugador de charadas, bailarín de cuadrillas y danzas tradicionales, como la de sir Roger de Coverleys. Era muy propenso a los resfriados agudos y se los tomaba a broma: «qué bisería, qué bisería», se quejaba, o «me he pasado el día entero llorando... tengo la nariz una pulgada más corta que el martes pasado, de tanta fricción»⁵. Trabajaba con afán y rapidez para tener tiempo libre. Vivía sin escatimar esfuerzo y hacía mucho ejercicio. Comenzaba el día con una ducha fría y si podía salía a caminar o a montar a caballo a diario, arduas expediciones de veinticinco o treinta kilómetros, a menudo llaman-

* [N. de la T]: «El príncipe Alberto siempre será mi amante querido», el tono de burla se manifiesta, además, por el uso de las uves, que imitan la dicción alemana.

do a algún que otro amigo para que lo acompañara. Podía estar en su despacho desde las diez de la noche hasta la una de la mañana, o levantarse temprano para sentarse a su escritorio a las ocho y media de la mañana, escribía con una pluma de ganso que él mismo afilaba y por lo general le gustaba hacerlo con tinta de color azul oscuro. Tomaba clases de francés con un profesor formal⁶. Además ayudaba en lo que podía a un carpintero pobre con ambiciones literarias, leía lo que éste escribía y le buscaba empleo⁷.

Era obsesivo con la organización de su entorno, cambiaba los muebles de lugar hasta en las habitaciones de los hoteles: escribió a Catherine desde un hotel de Bath, «como comprenderás, he acomodado la habitación, además del equipaje, antes de acostarme»; y desde la casa que alquilaba en Broadstairs le escribió a un amigo, «los muebles de todas las habitaciones han sido debidamente reacomodados por el mismo personaje extraordinario», se refería a él mismo⁸. Fumaba puros y a menudo se refiere a sus proveedores de vino en las cartas, se hacía traer coñac, ginebra, oporto, jerez, champán, vino de Burdeos y de Sauternes, y disfrutaba de todo ello; y aunque no era de los que se excedían con el alcohol, a veces confesaba un malestar a la mañana siguiente por algún exceso cometido la noche anterior. Las frambuesas eran su fruta preferida, servidas con crema, y las cajas de dátiles también le gustaban mucho⁹. Era socio del Club Garrick y del Athenaeum, conocía y frecuentaba todos los teatros de Londres y a todos los gerentes podía pedirles un palco cuando necesitaba hacerlo. Salir a comer, ir al teatro o aventurarse por los barrios más deprimidos de Londres con uno o dos amigos eran maneras habituales de pasar la tarde. También caminaba mucho a solas por las calles, observando y pensando. Le apasionaban las cárceles, los asilos, los lugares que albergaban a los marginados de la sociedad.

Diez años después volvió al asilo de pobres de Marylebone, en mayo de 1850¹⁰, que por entonces tenía dos mil internos de todas las edades, recién nacidos y también moribundos, y escribió un relato dolorosamente vívido del lugar: el olor de tantas personas hacinadas en salas, la apatía, la comida deprimente, el triste letargo de los ancianos que no esperaban más que la muerte. Sin embargo halló un punto favorable: el buen cuidado dispensado a los niños indigentes que vivían en grandes salas luminosas y amplias en la planta superior de uno de los edificios. Los vio comiendo un plato de patatas, animados y alegres, con «dos caballitos rampantes de

balancín, roñosos y maltrechos, en un rincón». Pero lo que más le impactó fue el profundo dolor de una de las niñeras de aquellos niños indigentes, una mujer «debilucha, huesuda, desarreglada» de aspecto tosco que había estado cuidando a un «niño tirado» —hallado en la calle— y sollozaba con amargura porque el niño había muerto. Una vez más hizo lo posible por ayudar: «Si puedo hacer algo útil por ella, me gustaría hacerlo», escribió, «si me puede orientar sobre la mejor forma de ayudarla, le pido que tenga la amabilidad de decirme cómo podría hacerlo», le escribió a Jacob Bell, filántropo y parlamentario¹¹. Y una vez más fueron una mujer pobre y un niño muerto quienes le hablaron.

Vea el mundo con mayor intensidad que otros y reaccionaba a lo que veía con risa, horror, indignación y a veces con llanto. Almacenaba experiencias y reacciones como material en crudo que luego transformaba y utilizaba en sus novelas, y estaba tan cargado de energía creativa que presentó una Inglaterra decimonónica trepidante, llena de realismo y vida, con esos elementos de risa, horror e indignación... y sentimentalismo. Uno de sus críticos más hostiles tuvo que reconocer que describió Londres «como un corresponsal especial para la posteridad»¹². En los inicios de su carrera como escritor comenzó a llamarse «el Inimitable»: en parte era broma, pero no del todo, porque también era consciente de que no había ningún otro escritor capaz de superarlo y que nadie, fuera amigo o pariente, podía rivalizar con él en cuanto a energía y ambición¹³. Era capaz de hacer reír y llorar, y despertar indignación, su deseo era divertir a los demás y mejorar el mundo. Y allá donde fuera provocaba lo que mucho tiempo después una joven observadora describió como «una suerte de resplandor en la habitación, misteriosamente predominante y sin forma. Recuerdo cómo se iluminaban todos los presentes cuando él entraba»¹⁴.

PRIMERA PARTE

I

Los pecados de los padres 1784-1822

Charles Dickens nació el viernes 7 de febrero de 1812 en la nueva zona residencial de Landport, construida alrededor de 1790 en las afueras de la antigua ciudad de Portsmouth. La pequeña casa adosada está todavía en pie, en un paisaje tan cambiado por el tiempo, los bombardeos y la reconstrucción que resulta asombroso que el interior esté tan bien conservado. La dirección también ha cambiado: en 1812 era Mile End Terrace nº 13, Landport; hoy en día es Old Commercial Road nº 393, Portsmouth¹. Delante tiene un pequeño jardín y unos escalones que conducen a la entrada de la casa de dos plantas, con ático, sótano y ventanas georgianas sólidas y sencillas, y en 1812 tenía una vista panorámica del Cherry Garden Field. En aquellos tiempos las casas adosadas en hilera no tenían agua corriente y el retrete estaba fuera. Era una casa modesta pero lo bastante grande como para albergar a una familia joven. El nacimiento del nuevo hijo de los Dickens fue anunciado en la prensa: «El viernes, en Mile-end-Terrace, la esposa de John Dickens, Esquire, dio a luz un niño», bautizado dos meses después, el 4 de marzo, en la iglesia de St. Mary. Le pusieron de nombre «Charles John Huffham»: Charles por su abuelo materno, John por su padre y Huffham (mal escrito por el empleado de la parroquia) por un amigo londinense de su padre llamado Christopher Huffam de Limehouse, constructor de remos y aparejador de buques de la marina británica². Cuando nació Charles, su madre, Elizabeth, tenía

22 años; su padre, 27, y ya tenían una hija, Fanny, de 2 años. John Dickens iba todos los días a pie al astillero naval, donde tenía un empleo fijo en la oficina de pagos de la marina y estaba a cargo de las cuentas de las nóminas, con un salario anual de ciento diez libras esterlinas que iría aumentando.

El padre de Dickens, John, es la figura más misteriosa de la familia. Nada se sabe con certeza de la educación que pudo haber recibido ni de sus primeros veinte años. Su madre, Elizabeth Ball, nacida en Shropshire en 1745, era sirvienta y a los 36 años, cuando trabajaba de doncella de lady Blandford en Londres, se casó con William Dickens, sirviente de la casa de John Crewe, caballero terrateniente con fincas en Cheshire y una casa en Londres, en Lower Grosvenor Street, barrio de Mayfair. Elizabeth y William se casaron en noviembre de 1781. William era bastante mayor que Elizabeth, probablemente rondaba los 60 años. Después de contraer matrimonio, ella también fue a trabajar en la casa de los Crewe. En 1782 tuvieron un hijo que también se llamó William. En 1785 el padre, William Dickens, había ascendido al puesto de mayordomo, pero en octubre de aquel año murió en Londres. Elizabeth Dickens tuvo en ese mismo año, pero no en Londres, un segundo hijo, John, que según se dijo habría sido hijo póstumo y sería el padre de Charles Dickens. Elizabeth continuó sirviendo en la casa de los Crewe, y se trasladó con ellos de la casa de Crewe Hall a la de Mayfair y viceversa. En 1798, por ejemplo, cuando John Dickens tenía 13 años, ella estaba en Londres, como consta en el libro de cuentas de la casa de los Crewe: «Pagado a la señora Dickens, sirvienta de la casa de Londres de ustedes, la cantidad de 8,8,0»³.

John no siguió la carrera de sus padres en el servicio doméstico: él tenía otros planes de más categoría para sí mismo. Muchos años después la nieta de los Crewe dijo que ella recordaba a la señora Dickens refunfuñando y quejándose de «ese perezoso de John... que andaba siempre holgazaneando por la casa» y que le daba «sus buenos tirones de orejas»⁴. Alguien debió de acudir al rescate de John porque cuando vuelve a aparecer en escena ya es abril de 1805, a los 20 años, contratado por la oficina de pagos de la marina de Londres y ganando cinco chelines diarios. El tesorero de la marina en aquel momento era George Canning, amigo de la familia Crewe, y cabe suponer que John Dickens consiguió el puesto gracias al patrocinio de Canning, puesto que todos esos nombramientos dependían de que alguien ejerciese influencia. La ma-

rina precisaba personal para la buena gestión de la guerra contra Francia y el joven Dickens demostró ser lo bastante inteligente como para que nadie tuviera queja de su desempeño. Dos años después, el 23 de junio de 1807, fue ascendido al rango decimoquinto de empleado ayudante, con un sueldo de setenta libras al año y dos chelines extra por cada día de asistencia real al trabajo. Esto era una fortuna en comparación con lo que había ganado su padre en toda su vida.

¿Por qué gozó John Dickens de tanto favor? Cabe suponer que los Crewe lo recomendaron a Canning como muestra de gratitud hacia la madre por su lealtad en el servicio doméstico. El hermano mayor, William, se estableció en cambio por su cuenta y abrió un café en Oxford Street. ¿Por qué tanta diferencia entre los dos hijos de la señora Dickens? John se veía a sí mismo como un hombre de buen gusto e interesado por la cultura. Se sabe de él que tenía una buena colección de libros, ensayos, obras de teatro y novelas del siglo XVIII: ¿se los habrían regalado?⁵ Los libros eran caros. Parece que le influyó el hecho de estar en una casa en la que se vivía por todo lo alto y en la que podía observar y escuchar a personas brillantes, a la casa de los Crewe acudían algunos de los mejores conversadores del país. Frances, la esposa de John Crewe, leía mucho, estaba bien informada y era ingeniosa y ocurrente, además de ser una destacada beldad, y en torno a los Crewe se reunía un notable círculo de políticos y escritores. Los más eminentes eran Charles James Fox, Edmund Burke y Richard Brinsley Sheridan, el dramaturgo, dueño de un teatro y político que se convirtió en el niño mimado de la sociedad. En las elecciones de 1784 Frances Crewe dio una fiesta para celebrar la victoria electoral después de la campaña y el Príncipe de Gales hizo un brindis: «Por los fieles a la causa y por la señora Crewe», al que ella contestó: «Por los fieles a la causa y por todos ustedes», como expresión de camaradería entre los del partido Whig. La señora Crewe tuvo un largo amorío con Sheridan, que le había dedicado su obra de teatro *The School for Scandal* en 1777. En 1785 esa aventura amorosa era aún motivo de aflicción para Elizabeth, la esposa de Sheridan, que escribió a su amiga, la señora Canning: «S está en la ciudad, lo mismo que la señora Crewe. Yo estoy en el campo, como el señor Crewe. Qué arreglo tan conveniente, ¿no te parece?»⁶. Con todo, los Sheridan eran habituales de Crewe Hall y en 1790 la señora Sheridan tuvo otra anécdota que contar: a su marido lo habían

encontrado encerrado en un dormitorio de un ala de la casa poco frecuentada, con la institutriz. Sheridan tenía fama de promiscuo, pero su conducta distaba mucho de ser infrecuente en los círculos en los que se movía. Él también fue tesorero de la marina en 1807, el año en que a John Dickens lo ascendieron.

Es posible que John Dickens fuese hijo del mayordomo entrado en años, pero también lo es que su padre fuese otro, quizá John Crewe, ejerciendo el derecho de pernada y consolándose de las infidelidades de su esposa, o algún otro de los caballeros invitados que se alojaban con regularidad en las mansiones de los Crewe. O puede que él creyera que lo era. El silencio que mantuvo sobre sus primeros veinte años, la costumbre de gastar y pedir prestado y de gozar de las cosas buenas de la vida como si de algún modo fuese su derecho sugieren un estilo de vida que pudo tener su origen en la clase de conducta que habría observado con ojos deslumbrados en Crewe Hall y en Mayfair. Ése era el estilo de Sheridan y de Fox, que habían perdido en el juego varias fortunas y pedían dinero prestado a todos los amigos sin pensar ni por un momento en devolverlo alguna vez. Lo que vale la pena observar es que John Dickens se había criado bajo el modelo de un grupo de hombres que eran, además de jugadores y bebedores, los más elocuentes de su tiempo. El hijo del ama de llaves creó su propio estilo intrincado de expresarse, un estilo que su hijo encontraba lo bastante divertido como para tomar nota y utilizarlo de manera cómica en sus escritos: Charles describió, por ejemplo, una carta de su padre en la que éste escribía que «tenía motivos para creer que estaría en la ciudad en tiempo de los faisanes, el primero de octubre, o alrededor de esa fecha», y observó que su padre había descubierto en la isla de Man «montones de amigos y toda clase de lujos continentales muy baratos». Otra de las grandiosas declaraciones de su padre mostrando desprecio por un amigo jactancioso, había sido: «Ese Ser Supremo debe de ser alguien muy diferente del que yo, con sobradas razones, creo que es, como si a Él no le importase en lo más mínimo la compañía de sus parientes»⁷. John Dickens también adquirió sus propias costumbres de despilfarro y deuda que casi destruyeron la vida de su hijo y lo llevaron a la furia y a la desesperación⁸.

John Dickens era todo un personaje y fue el modelo de Micawber, el personaje más famoso de su hijo. Y además tenía suerte. En 1806 a John Crewe le fue concedido un título de nobleza por Fox, que murió aquel año. George Canning, que no era whig sino

un tory liberal y el más inteligente de la joven generación de políticos, se había hecho amigo de los Crewe y, como fue tesorero de la marina de 1804 a 1806, estaba en situación de poder dar empleo al hijo del ama de llaves de sus amigos⁹. Ésta era ya una mujer mayor que hacía las delicias de los nietos de los Crewe con los cuentos que les contaba. Y cuando Sheridan obtuvo el cargo de tesorero después de Canning, él también consiguió que ascendiesen a John Dickens. Dos años después el sueldo de John era de ciento diez libras esterlinas, lo que le permitió casarse en junio de 1809, justo antes de su traslado al astillero naval de Portsmouth. Sheridan murió en 1816, lady Crewe en 1818 y la que fuera su ama de llaves en 1824. La señora Dickens dejó suficiente dinero para ayudar a su hijo John a salir de los apuros en los que se había metido, pero murió antes de ver los logros de su nieto Charles, o de contarle anécdotas de la vida cotidiana de Crewe Hall y de Lower Grosvenor Street.

Y eso es lo que se sabe de la vida de John Dickens, de la que él no parece haber hablado a su hijo Charles, quien a su vez tampoco dijo nada al respecto. La oficina de pagos de la marina era un buen lugar de empleo y las guerras interminables con los franceses, que habían empezado veinte años antes, le aseguraban un buen volumen de trabajo en Portsmouth. El hermano de Elizabeth Dickens, Thomas Barrow, trabajaba en el mismo lugar que John, su marido —así fue como se conoció la pareja— y su padre, Charles Barrow, estaba también empleado en Londres, en Somerset House, con el imponente título de «cobrador principal de fondos de la ciudad». Pero Charles nunca conoció a aquel abuelo cuyo nombre le habían puesto, porque Charles Barrow tuvo que escapar de Inglaterra de la noche a la mañana en 1810, cuando se descubrió que llevaba siete años malversando fondos de la oficina de pagos de la marina. Alegó que la vida era difícil con diez hijos y que lo había hecho por necesidad, pero de nada le sirvió y cuando se inició contra él un juicio penal huyó cruzando el canal de la Mancha. Esto ocurrió tan sólo unos meses después de haber asistido al matrimonio de su hija con John Dickens en la iglesia de St. Mary-le-Strand en junio de 1809. La hija estaba en Portsmouth cuando él cayó en la ignominia y tuvo que huir al extranjero en secreto, y aunque lo más seguro es que en Mile End Terrace no se hablara del tema, a partir de entonces hubo un secreto en el aire, una historia que no se podía mencionar. Los dos abuelos de Charles Dickens fueron figuras desconocidas para él y de las que no se hablaba.

Como hacen las hijas a menudo, Elizabeth había escogido un marido que tenía ciertos rasgos de su padre, en especial el gusto por vivir por encima de sus posibilidades. John Dickens era expansivo por naturaleza, con tendencia a usar un lenguaje grandilocuente e impreciso y a tomarse con tranquilidad las cuestiones de dinero. Cuando tenía que describirse a sí mismo en algún documento lo hacía poniendo «caballero», y en el anuncio del nacimiento de su primer hijo que publicó en el periódico se calificó de «Esquire»¹⁰. Le gustaba vestir bien, al estilo de los jóvenes petimetres de los tiempos de la regencia, compraba libros caros y disfrutaba agasajando a los amigos, a los que más tarde podía recurrir para pedirles dinero prestado. Tenía la voz un poco espesa, como si la lengua fuese demasiado grande y no le cupiese en la boca, pero era simpático, regordete y muy divertido, y él y Elizabeth formaban una pareja jovial.

Elizabeth era una joven delgada y llena de energía. Parece que la tarde anterior al nacimiento de su hijo la pasó fuera de casa, bailando¹¹. También apreciaba la música y los libros y sabía algo de latín. Su padre había sido fabricante de instrumentos musicales y profesor de música antes de emplearse en la oficina de pagos de la marina, y también había tenido una biblioteca en Londres de la que se podían sacar libros prestados. Los Barrow eran más cultos que los Dickens y los hermanos de Elizabeth tenían talento. Thomas, colega de su esposo, superó el asunto del fraude que había cometido el padre gracias a su propia honradez y diligencia, y alcanzó un rango alto en la oficina de pagos de la marina. John Barrow publicó libros de poesía y una novela histórica y fundó su propio periódico, y Edward Barrow fue un buen músico aficionado con gusto por el arte —se casó con una pintora de miniaturas que pertenecía a una familia de artistas— y trabajó de reportero del parlamento. Todos ellos fueron amables y serviciales con su hermana y su cuñado y llegaron a ser personajes importantes en la vida de Charles cuando era pequeño.

Cuando Charles no tenía más que 5 meses, la familia tuvo que mudarse a una casa más pequeña, sin jardín delantero y en una calle pobre¹². Tenían ya poco dinero y la casa era parecida a la que describe Jane Austen en *Mansfield Park* en esa misma época, cuando relata la visita de Fanny Price a la casa de sus padres, en Portsmouth, y le parece que el pasillo y las escaleras son muy estrechas y las paredes tan finas que se oían toda clase de ruidos de una ha-

bitación a la otra¹³. En esta casa nace un tercer hijo, Alfred, que moriría a los seis meses, en septiembre de 1814. La familia vuelve a mudarse, esta vez a una casa mejor de Portsea, en el número 39 de Wish Street, y allí tienen una niñera para cuidar a Fanny y a Charles. Charles recordaba que aquella niñera lo llevaba a ver a los soldados cuando hacían instrucción. Aquel invierno llamaron al padre para que fuese a trabajar a Somerset House y la familia se fue con él a Londres. Dejaron la ciudad de Portsmouth cubierta de nieve, como recordaba Dickens, y ya no volvieron nunca más¹⁴.

En Londres se alojaron en Norfolk Street (Cleveland Street en la actualidad), una calle recién asfaltada que había sido uno de los «senderos rurales» que salían de Londres al campo, transformado ahora en una calle que conducía a los nuevos barrios residenciales de Somers Town y Camden Town. Ése era el límite de Londres por el norte, donde en aquel momento se construían grandes casas en hilera en Fitzroy Square, mientras que al este de Tottenham Court Road seguía habiendo campos y granjas. El hermano de John Dickens, William, aún tenía su establecimiento de café en Oxford Street y en 1815 se casó; sin embargo, y a pesar de su empleo fijo en la oficina de pagos de la marina, donde ya estaba ganando doscientas libras al año, a John le resultaba tan difícil como siempre administrarse bien y empezó a pedir dinero a su madre, como ella misma señaló cuando llegó el momento de redactar su testamento. No se sabe si la señora Dickens cuidó alguna vez de Fanny y de Charles, o si les contaba cuentos mientras la madre se ocupaba de otras tareas. En abril de 1816 los Dickens tuvieron su cuarto descendiente, una hija, Letitia, que sobreviviría a todos los demás¹⁵.

Cuando los Dickens más jóvenes estaban en Londres, concluyó al fin la guerra contra Napoleón y los franceses, en 1815. La marina ya no necesitaba tantos funcionarios, comenzó a haber cambios en la oficina de pagos y en diciembre de 1816 volvieron a trasladar a John Dickens a otro lugar. Esta vez a Kent, a sólo cuarenta y ocho kilómetros de Londres. John fue primero, unas semanas, a los astilleros navales de Sheerness, donde el río Medway desemboca en el estuario del Támesis cruzando las marismas, y después a Chatham, donde se ve el castillo de Rochester por encima del puente que cruza el Medway y, en la espectacular curva doble del río, parece como si Chatham y Rochester fuesen una sola ciudad, con las colinas de Kent alzándose marcadamente. Allí se habían asentado los romanos y la ciudad tenía un gran castillo y una catedral,

un puente medieval, calles antiguas, tabernas, casas, magníficas viviendas para los oficiales de la marina y grandes edificios industriales en los astilleros. La construcción más reciente era Fort Clarence, una defensa enorme de ladrillo concebida para frenar a Napoleón y erigida en 1812; llevaba el nombre del alto almirante de la Armada, el príncipe Guillermo, duque de Clarence, que sería rey en 1830. El paisaje y los edificios eran espectaculares y quedaron grabados para siempre en la imaginación del niño. Allí Dickens cobró conciencia del mundo que lo rodeaba y empezó a almacenar impresiones de ese mundo.

Charles llegó allí cuando tenía unos 5 años, junto a sus dos hermanas, Fanny de 7 años y la pequeña Letitia. Su padre estaba muy atareado, entraba y salía de los vastos astilleros de Chatham y a menudo iba a bordo del yate *Chatham* de la armada por el Medway arriba hasta Sheerness y otra vez de vuelta. Instaló a su familia en una casa pequeña y bien cuidada de una hilera de casas adosadas de arquitectura georgiana en lo alto de la empinada colina que se alza por encima de Chatham y Rochester, con vistas al río. La casa número 2 de Ordnance Terrace está todavía en pie, batida por el paso del tiempo y el abandono. Se ve que en su tiempo perteneció a un grupo de modestas hileras de casas adosadas y cercanas a las grandes casas de New Road, construidas a lo largo de la cima en la década de 1790. Era una ciudad próspera, áspera y animada, abarrotada de gente trabajadora que atendía a las necesidades de la marina y del ejército, puesto que Chatham era también un centro de reclutamiento de soldados. Había muchos herreros y fabricantes de cuerdas, y los aprendices de esos oficios tenían sus propias canciones y celebraciones y desfilaban con bandas de música, llevaban caretas y hacían colectas de dinero.

En lo alto de la cuesta de Ordnance Terrace la vida era más tranquila. Había mucho campo abierto, tierras de labranza por la parte de atrás y por delante un vasto campo de heno en el que los niños podían jugar sin peligro, organizar picnic bajo los espinos y entablar amistad con los vecinos. Se hicieron amigos de George y Lucy, los hijos del señor Stroughill, el plomero que vivía en la casa de al lado, y Charles se enamoró de Lucy, a quien más tarde recordaría «con mejillas de color melocotón y una banda de color azul». El campo en el que se sentaban a comer golosinas ha desaparecido hace mucho tiempo, cortado por una zanja de ferrocarril victoriano, y los grandes árboles del borde oscurecen la vista, pero

aún se adivina cuán grato debía de haber sido. Todas las casas tienen unos escalones que conducen a la estrecha puerta de delante con un pequeño montante en la parte superior; abajo, un sótano; una ventana en la parte delantera de la planta baja, y dos en la primera y en la segunda planta. A esta casa sencilla fueron a vivir el señor y la señora Dickens, la hermana de ésta, Mary Allen, a la que llamaban «tía Fanny», viuda de un oficial de la marina, los tres niños, Mary Weller, la niñera, y Jane Bonny, la criada.

Por entonces Charles ya sabía leer un poco, aunque todavía no era capaz de abordar el espléndido y costoso tomo que trajo su padre a casa titulado *Historia y antigüedades de Rochester y su entorno*, recién publicado y con un mapa plegable y cinco láminas. Fue su madre quien le dio clases diarias de lectura durante algún tiempo y quien le enseñaba «muy a fondo», como le dijo a su amigo Forster. Forster señala que Dickens usó casi las mismas palabras exactas que puso en boca de David Copperfield: «recuerdo vagamente que ella me enseñaba el alfabeto; y cuando miro las letras negras y gruesas del manual y veo la enigmática novedad de sus formas y la sencilla afabilidad de la O y la S, me da la sensación de que se presentan ante mí como lo hacían en aquellos tiempos»¹⁶. Cabría pensar, por tanto, que Elizabeth Dickens fue quizá una madre que valoraba a su hijo y le procuraba una enseñanza que encendía su imaginación, y que desde entonces las palabras quedaron vinculadas a un sentimiento de placer y lo situaron en el camino que habría de seguir. Tal vez sin ella no habría emprendido su curso de literatura particular e intensivo en la biblioteca que había dejado su padre, en una habitación pequeña junto a su dormitorio, en lo alto de la escalera. Había mamotretos del siglo XVIII, libros de viaje y novelas: *Robinson Crusoe*, de Defoe; *Tom Jones*, de Fielding; *El vicario de Wakefield*, de Goldsmith; *Roderick Random*, *Peregrine Pickle* y *Humphry Clinker*, de Smollett; estaban también la colección de farsas de la señora Inchbald, algunos tomos de la revista *Tatler* y del *Spectator*, y cuentos de hadas, como *Las mil y una noches* y *Los cuentos de los genios*. Sentado a solas en la parte de arriba de la casa y aprovechando la luz de las largas tardes de verano, Charles viajaba, sufría y triunfaba con los héroes de la palabra impresa, y daba rienda suelta a su imaginación.

Sabemos que Mary Weller, su niñera, dijo en cierta ocasión que «era muy difícil saber lo que pensaba de niño». También lo recuerda bajando las escaleras y pidiendo que se despejase la coci-

na para organizar un juego. Después George, el vecino de al lado, traía su linterna mágica y Charles y Fanny se ponían a cantar, recitar y representar obras de teatro. Una de las piezas favoritas de Charles era «La voz del haragán», de Isaac Watts, momento en que actuaban moviéndose y gesticulando mucho. La niñera decía que Charles era «un niño animado, de buena disposición, abierto y simpático», y que la señora Dickens era «encantadora y una buena madre»¹⁷. El propio Charles conservaba un recuerdo vívido de su madre llevándolo a ver el carruaje real que pasaba por la ciudad. Años después, subiendo con el hijo de un amigo por una calle de Chatham que tenía un muro bajo coronado por una reja de hierro, le dijo a su acompañante: «Recuerdo que mi pobre madre, que Dios la perdone, me puso en la cornisa de ese muro para que pudiera saludar con el sombrero y aclamar a Jorge IV —el príncipe regente— cuando pasó por aquí». Lo de «mi pobre madre, que Dios la perdone» era ya una expresión del Dickens adulto, que tenía mala opinión de Jorge IV, pero a un niño lo bastante pequeño como para ser alzado y sentado en lo alto del muro, aquel momento de ver pasar al príncipe, lujosamente ataviado y abotargado en su espléndido carruaje, tuvo que provocarle sin duda un inocente placer.

Cuando rememoraba aquellos años se veía a sí mismo como un niño delicado que a veces se sentía solo, incapaz de participar en los juegos de los niños, los vecinos y los hijos de los oficiales de la marina, que se pasaban el verano jugando al críquet y a «policías y ladrones». Había empezado a sufrir de espasmos en el costado, tan dolorosos que no lo dejaban correr, y se echaba en la hierba para ver jugar a los otros niños, o se sentaba cerca de ellos con un libro en la mano, la muñeca izquierda apretada con la mano derecha y balanceándose un poco mientras leía¹⁸. De modo que se acostumbró a observar y a estar apartado de quienes observaba. Por la noche quedaba subyugado por los cuentos que le contaba la niñera antes de dormir, de un capitán asesino que cocinaba a sus prometidas y se las comía en empanada y de un constructor naval que se llamaba Chips y al que rondaban las ratas: esos cuentos lo aterrorizaban y deleitaban por igual. Otras noches su tía Fanny «me tarareaba el himno vespertino y yo lloraba sobre la almohada»¹⁹.

El dolor en el costado iba y venía, y Charles no siempre mostraba una actitud pasiva. La familia lo alentaba a que cantase canciones bufas y lo subían a sillas y mesas para que las interpretara. Su padre se hizo amigo de John Tribe, el dueño de la taberna Mitre

de la calle principal de Chatham, donde llevaba a Fanny y a Charles para que demostrasen su talento como cantantes de solos y dúos cómicos²⁰. Cuando se goza del espectáculo y el aplauso una vez se quiere volver a intentarlo, y ahí comenzó la eterna pasión de Dickens por las dos cosas. En aquel momento era el integrante más inexperto del dúo, puesto que el talento musical de Fanny era bastante más sólido y ella iba dos años por delante de él en todo. A los dos los mandaron a una pequeña escuela a cargo de una mujer que enseñaba a los niños en su propia casa, encima de una tienda, donde la disciplina consistía en algún golpe de vez en cuando y no se aprendía casi nada.

Los llevaban también al teatro, al Teatro Real de Rochester, creado por la gran señora Baker, que fue titiritera en sus tiempos y estaba casada con un payaso, y que se había convertido en una formidable mujer de negocios que organizaba el circuito teatral de Kent presentando una variada mezcla de Shakespeare, pantomima y variedades. La señora Baker murió en 1816, pero el teatro continuó exhibiendo su consabida mezcla de géneros y los niños disfrutaban viendo *Ricardo III* y *Macbeth*, experiencias inquietantes pero muy instructivas en cuanto a lo que era el teatro, puesto que les permitía ver que las brujas y el rey Duncan reaparecían en la piel de otros personajes. En un par de ocasiones, en 1819 y en 1820, cuando Charles tenía 7 y 8 años, respectivamente, los llevaron a Londres durante la temporada de las pantomimas, a ver al gran Grimaldi haciendo payasadas con canciones, bailes e imitaciones cómicas²¹. A través de la tía Fanny se sumaron al círculo familiar otros entusiastas del teatro. En aquel entonces cortejaba a la tía Fanny un tal doctor Lamert que trabajaba en el hospital de Artillería y tenía un hijo adolescente, James. Padre e hijo eran aficionados al teatro y, además de llevar a los niños al teatro, el médico y su hijo organizaban sus propias producciones teatrales y las representaban en una sala vacía del hospital. Pronto resultó evidente que hacer los decorados y ponerse vestuario y maquillaje teatral podía ser aún más divertido que ver cómo lo hacían otros. Charles no tardó en sentarse a escribir una tragedia, *Misnar; el sultán de la India*. No se conservó el manuscrito, pero él recordaba el orgullo con que lo había escrito: «A los 8 años, o por ahí, me sentía un gran escritor», bromeaba más adelante, «y actor y orador desde muy pequeño»²².

Otra cosa que les gustaba mucho a Fanny y a Charles era que su padre los llevase a bordo del *Chatham*, el pequeño yate de la

marina en el que iba y venía de Sheerness por asuntos de la oficina de pagos. Tenían que estar muy puntuales en el astillero para zarpar con la marea, sumidos en el ajetreo de los marineros manejando cabos y velas mientras salían entre un montón de embarcaciones, el castillo de Upnor con las torres grises a lo lejos del río Medway, el chapoteo y el lodo de sus aguas marrones ensanchándose entre las orillas de fango, con unas cuantas iglesias a la vista, islas de poca altura y los antiguos fuertes de Hoo Ness y Darnet Ness, reconstruidos para defenderse de Napoleón. Tras unas horas de navegación, cuando ya se acercaban a Sheerness y al estuario del Támesis, se veía la orilla distante de Essex a ocho kilómetros al otro lado de las aguas. Ese paisaje y los ríos fangosos con régimen de marea cautivaron a Charles toda su vida y formaron parte del tejido de sus últimas novelas. Su padre también le señalaba, cuando paseaban juntos, la casa que estaba en lo alto de Gad's Hill, en la carretera de Rochester a Gravesend, donde sir John Falstaff detuvo a los viajeros y quedó inmortalizado con una posada que llevaba su nombre. Gad's Hill Place era una casa de ladrillo sencilla y sólida, con amplias vistas a la campiña que se extendía por abajo, y el niño sintió su atracción de inmediato. Charles decidió que le gustaría vivir en ella, su padre le dijo que si trabajaba con empeño tal vez podría hacerlo algún día, y siempre que pasaban por allí, como hacían a menudo aquellos años de Kent, repetían alguna versión de ese intercambio. Hablando con un amigo años después, Charles resumió qué era lo que tanto le gustaba de aquella casa: «Detrás de la casa, el bosque y el parque de Cobham; delante, a lo lejos, el Támesis; a un lado, el Medway y Rochester, con el viejo castillo y la catedral. Es una propiedad magnífica que se encuentra en la antigua carretera de Dover»²³.

Los amigos más íntimos de sus padres entre los vecinos eran los Newnham, un sastre jubilado y su esposa amable y refinada que tenían una situación económica holgada. Newnham le prestaba dinero a John Dickens y, a diferencia de la mayor parte de los acreedores de éste, que se sentían defraudados cuando no les pagaba los préstamos, mantuvo un contacto amistoso con la familia aun cuando se fueron de Chatham. Al más joven de los Dickens le pusieron el nombre de «Augustus Newnham» en su honor, pero los Newnham sentían mayor interés por las hijas y en su momento les dejaron unos pequeños legados a Letitia y a Fanny. Aunque John Dickens ya ganaba un sueldo considerable de más de trescientas cincuenta libras esterlinas al año, volvía a estar en apuros. En el

verano de 1819 pidió prestadas doscientas libras a un hombre que había conocido en Londres, en Kennington Green, y convino en devolvérselas en plazos de veintiséis libras al año; en poco más de ocho años podía haberlo pagado, pero su incompetencia financiera era tal que aún seguía pagando el préstamo treinta años después. Lo que es peor, a su cuñado Thomas Barrow le pidió que le avalara un negocio que le daría doscientas libras en efectivo y después no hizo los pagos debidos al tercero que intervenía en el asunto. Fue Barrow el que tuvo que devolver las doscientas libras y más, y se enfadó tanto que le dijo a John Dickens que no quería verlo bajo su techo nunca más.

En 1821 los Dickens tuvieron que dejar Ordnance Terrace y trasladarse a una casa más abajo de la cuesta, en una calle menos recomendable: el número 18 de St. Mary's Place, al lado de una capilla bautista y cerca de los astilleros. Había ahora otros dos niños en la familia: Harriet, nacida en el verano de 1819, y Frederick, nacido un año después. El dinero escaseaba, John Dickens no estaba bien visto entre sus parientes de Londres y dejó de haber excursiones a las pantomimas londinenses. Un gran incendio en Chatham le dio la oportunidad de ganar algo con la pluma y escribió una crónica para *The Times*, que publicó el artículo y le pagó por él. John donó dos guineas al fondo para las víctimas del incendio, probablemente más de lo que le habían dado por el artículo, pero de ese modo mostró al mundo que él era un caballero.

Aquel invierno de 1821 la tía Fanny se casó con el doctor Lamert y se fue a vivir con él a Cork, Irlanda, donde habían trasladado al doctor. Se llevaron a Jane Bonny, la criada de los Dickens, y dejaron a James Lamert alojado con ellos. James sentía afecto por Charles y siguió llevándolo al teatro. A Fanny y a Charles los mandaron en aquel tiempo a una escuela seria, el establecimiento «clásico, matemático y comercial» de míster Giles. William Giles era el hijo de un ministro de la localidad, había estudiado en Oxford, era buen profesor y tenía una buena escuela. Se dio cuenta de que Charles era un alumno fuera de lo corriente y el chico respondió al estímulo y estudió mucho. Y también se divirtió. En cierta ocasión le pidieron que recitase algo y eligió un fragmento de *The Humourist's Miscellany*; los demás niños aplaudieron tanto que tuvo que repetirlo dos veces. Gozaba de la simpatía de los profesores y compañeros, y poco a poco fue adquiriendo confianza en sus talentos. Míster Giles le hizo daño en un aspecto: le enseñó a tomar rapé, un rapé

conocido como «villano irlandés», y aunque Charles dejó el hábito años después y no lo reanudó, le tomó el gusto al tabaco y comenzó a fumar en serio a los 15 años ²⁴.

Dickens recordaba los años de Chatham como la época más idílica de su vida. Tuvo la bendición de sentirse protegido por el amor de la familia, por un paisaje, un río y una ciudad idílicos, una buena enseñanza y un pequeño mundo que empezaba a ampliarse gozosamente a su alrededor. Cuando cumplió 10 años en febrero de 1822, estaba contento en el colegio, se sentía alentado y querido por su profesor y disfrutaba estudiando. En casa su madre iba a dar a luz a otro hijo, que llegó el 3 de abril y al que pusieron de nombre Alfred, el del hijo que había muerto en 1814, y el de Lamert, el marido de la hermana. Charles estaba cada día mejor y todos deseaban que llegase el verano para disfrutar de los días largos en el río o en pleno campo. Fue entonces cuando les llegó la noticia de que a su padre lo mandaban otra vez a Londres y que tendrían que irse con él. Lo único que recordaban de Londres los niños mayores eran las excursiones al teatro para ver la pantomima, pero la madre era londinense de nacimiento y sus hermanos vivían allí, de modo que es probable que no le desagradara la idea de volver a la ciudad.

Empezaron a prepararse para la mudanza. La niñera, Mary Weller, decidió quedarse en Chatham porque iba a casarse con su novio, que trabajaba en los astilleros, y les hizo una oferta para comprarles las sillas, oferta que fue aceptada. Sólo se llevaron a una joven sirvienta que habían recogido del asilo de pobres de Chatham, una huérfana sin padres conocidos que no parecía tener nombre siquiera, o al menos Dickens no lo menciona en ningún momento²⁵. Míster Giles se ofreció a quedarse con Charles hasta concluir el trimestre, lo invitó a alojarse con su familia y así se acordó. Charles vio la casa con todo recogido y listo para la mudanza y se despidió de sus padres y de sus hermanos. La familia de los Giles lo colmó de mimos, su pelo largo y rizado provocaba la admiración de la señora Giles, y durante unas semanas la rutina de la escuela siguió absorbiéndole la atención.

Aquel niño de 10 años convirtió sus recuerdos de la época de Kent en un tesoro escondido en su mente. Disfrutó toda su vida sacándolos a la luz y llevando a los amigos a pasear por el territorio que había conocido y querido tanto. En 1857 describió los once kilómetros que separan Maidstone de Rochester como «uno de los

paseos más hermosos de Inglaterra»²⁶. Kent fue siempre para él un lugar que lo llenaba de alegría y placer, un paraíso de bosques y huertos, de costa marítima, marismas y ríos. En Kent quiso pasar su luna de miel, a Kent iría a deambular, solo o con amigos escogidos, a Kent llevaba a sus hijos a pasar largos meses de verano y en Kent compró la casa que había soñado y en la que murió. En Kent quiso que lo enterrasen. El paisaje y las ciudades de Kent fueron el escenario de muchos de sus libros. En su primera novela, *Los papeles del Club Pickwick*, la acción transcurre en Rochester y alrededores, y en su última novela, *El misterio de Edwin Drood*, inconclusa, centra la acción en las calles de Rochester y adjudica casas reales a los personajes. David Copperfield recorre a pie el puente de esa ciudad cuando va a buscar a la tía que lo salva de la crueldad de su padrastro y que cree en él y lo aprecia. La acción de *Grandes esperanzas* transcurre en las calles y casas de Rochester y en las marismas y el estuario del Medway. El modelo, la estructura y el entorno de las vidas humanas fueron la sustancia de sus novelas, y para él la estructura y el modelo de su propia vida estaban íntimamente ligados a los lugares en los que vivió. Los viajes a Londres y las salidas de esa ciudad son momentos decisivos en sus novelas, para bien o para mal, y en julio de 1822 es él quien emprende uno de esos viajes decisivos, a los 10 años, y solo. Al final del trimestre mister Giles le regaló como recuerdo un ejemplar de *La abeja*²⁷, de Goldsmith, metieron en una maleta la poca ropa que tenía, le dieron sándwiches para el viaje y lo acercaron al carruaje que lo llevaría a Londres. El carruaje iba vacío y el niño viajó sin compañía, así cruzó la campiña de Kent en un día lluvioso de verano hasta llegar al centro de Londres. Siempre lo recordó como un viaje húmedo y triste.

II

Una educación londinense 1822-1827

El coche de correos de Dover a Londres, al que llamaban el Comodoro, paraba en Rochester para recoger pasajeros a las dos y media de la tarde. Tres horas después llegaba al final de su destino, a la entrada de la Golden Cross Inn en Charing Cross, cerca de la oficina de pagos de la marina, en Somerset House, donde trabajaba John Dickens. Era una tarde de verano y los coches de alquiler resultaban caros, por lo que es probable que padre e hijo fuesen juntos a pie a la nueva casa de Camden Town, en el norte de Londres, por calles que veía por primera vez un niño con muchas ganas de aprender cómo era su nuevo entorno¹. Lo que Charles vio iba a convertirse en el telón de fondo de gran parte de su vida y le suministraría escenas para sus novelas; y Charles siempre se mantuvo fiel a aquellos barrios, un territorio elegido por sus padres que llegaba al noroeste por el Strand, cruzaba Oxford Street, Bloomsbury, Marylebone, Regent's Park y seguía hacia el norte por Hampstead Road hasta St. Pancras, Somers Town y Camden Town.

En las calles que recorrió a pie con su padre había mucho gentío, ruido y suciedad. Había humo en el aire y mugre en el suelo, pero también animación y bullicio. Carros, caballos y cerdos eran parte de la escena, hombres a caballo, carruajes ligeros, coches de caballos y, entre la multitud de hombres y mujeres, muchos niños, la mayoría pobres, andrajosos y descalzos. Las calles eran el patio de recreo de aquellos niños, el lugar donde siempre había algo